

lestos como continuos , y por último solo consiguen regularmente hacerse incómodos y despreciables á los ojos de aquellos mismos cuyos respetos ansiaban. El camino mas seguro para la estimacion , es el merecerla con virtudes reales y verdaderas. Todo hombre que se aprecia á sí mismo en mas de lo que vale , solo consigue por lo comun degradarse , y perder una parte de lo que justamente merece.

~~~~~

### CAPITULO III.

*De la Cólera , de la Venganza , del mal Humor , de la Misantropia.*

LA cólera es un aborrecimiento repentino ; mas ó menos permanente , de los objetos que juzgamos contrarios á nuestro bienestar. Nada es mas natural que esta pasion en un hombre perpetuamente ocupado en su propia conservación y felicidad , pero nada tampoco mas necesario á una criatura racional y sociable que reprimir los movimientos impetuosos , tan perjudiciales á sí propio como á los que viven con él. En general la razon prueba que todo hombre en sociedad debe , por su mismo interes , armarse contra todas las impulsiones que le perturban é impiden usar de su juicio , de su reflexion , y de la esperiencia que debe servirle de guia. « El sabio , dice Epicuro , puede ser

» ofendido por el odio , por la envidia , y por  
 » el desprecio de los hombres ; pero está  
 » seguro que en él consiste hacerse superior  
 » á toda injuria con la fuerza de su razon. La  
 » sabiduría es un bien tan sólido , que impide  
 » al que la posee salir de su estado natural , ó  
 » cambiar de carácter con la cólera , aun  
 » cuando su voluntad fuese esta » (1).

La cólera , lo mismo que todas las pasiones , puede ser detenida , contrapesada , y reprimida con el temor de las consecuencias molestas que puede acarrear tanto á nosotros como á los demas hombres. Todo hombre sociable debe ser racional , es decir , debe distinguir los movimientos naturales que puede seguir sin peligro , de aquellos que prudentemente debe resistir : debe estar habituado á regular sus movimientos de un modo conveniente á la sociedad : debe haberse acostumbrado desde muy temprano á vencerse , y con la costumbre de hacerlo facilitar el vencimiento. Es menester repetirlo : todo hombre que no está habituado á resistir á las propensiones de su naturaleza , es un miembro dañoso en la sociedad. Los príncipes , los grandes , los ricos , asi como las gentes del pueblo , son los mas

(1) *Detrimenta quæ ex hominibus, sive odii, sive invidiæ, sive contemptûs causâ fiunt, sapientem autumat ratione superare. Eum verò qui semel fuerit sapiens, in contrarium habitum transire non posse nec sponte variare.* Diogen. Laert. de vitis et dogmatibus philosophorum. Lib. X. Sec. 117.

sujetos á la cólera, porque sus pasiones en la infancia han sido aduladas ó no reprimidas. Seria inútil hablar aquí de los efectos terribles de la cólera de los reyes, cuando el universo entero ha retumbado en todos tiempos á los espantosos rugidos de estos leones desencadenados, ó á los gritos de las naciones desoladas por sus furores.

Aunque á primera vista los ímpetus de la cólera manifiesten vigor, fortaleza, y energía en el alma, los mas de los moralistas han atribuido esta pasion á la debilidad. Efectivamente, ella supone una movilidad en los órganos que los ponen en estado de ser fácilmente afectados; esta descomposicion tan fácil de la máquina, ó esta *irritabilidad*, se advierte sobre todo en las mugeres, á quienes la naturaleza ha hecho por lo comun mas sensibles, mas débiles, y por lo tanto mas sujetas á la cólera que los hombres. Igualmente los niños, desde la edad mas tierna, dan con sus gritos, sus lágrimas, sus pataleos y sus convulsiones, señales nada equívocas de la cólera que los agita siempre que no se condesciende con sus caprichos: si sus fuerzas correspondiesen á sus furores, una criatura seria capaz de acabar con su nodriza ó con su madre, cuando le quitan ó no le dan un dulce ó un juguete: poco á poco sus órganos se van fortificando, y se hace mas tranquilo y contenido, castigándosele ademas por sus corages y enojos, que son á veces ca-

paces de poner en peligro su salud y aun su vida; el temor le enseña á contenerse y de este modo va adquiriendo la razon por grados, hallándose insensiblemente criado de un modo conveniente para vivir en sociedad.

Todo hombre que vive con sus semejantes debe saber que se halla rodeado de otros que, como él, estan llenos de defectos, de pasiones y de flaquezas, y por lo tanto debe concluir de aquí que su propio interes le prescribe soportarlos con indulgencia, y que una cólera continua le pondria en un estado continuo de guerra con todos aquellos que tratase. El que es propenso á la cólera, es habitualmente desgraciado: todo le ofende, el odio habita de asiento en su corazon, y suscita esta desagradable pasion en todos los que sus furias y enojos horrorizan, y hacen á veces infelices. El hombre colérico no puede jamas gozar de una felicidad durable, á causa de que la menor cosa le inquieta y le perturba. Descontento con todo el mundo, á nadie hace feliz; es como un tirano en medio de los esclavos, de cuya aversion recela á cada paso; el terror que inspira está escrito en el rostro de su muger, de sus hijos, y de sus criados, los cuales solo descansan en su ausencia.

La dulzura es un medio seguro de desarmar la cólera: sin embargo hay hombres de tal modo dominados de esta pasion, que la dulzura misma los irrita mas aun, y los precipita

en una especie de rabia y desesperacion; entonces la vergüenza del mal que han obrado, ó la vanidad juntándose á la cólera, da á esta nuevas fuerzas, y la convierte en delirio. Este fenómeno en la moral nos prueba evidentemente que el hombre de natural tranquilo goza de una superioridad que el hombre colérico, aun en su locura, forzosamente reconoce.

En efecto, la cólera es en algunas personas un frenesí, una pequeña rabia, una verdadera locura. A no ser así ¿ como explicar la conducta de algunos coléricos? ¿ de aquellos, digo, que en los excesos de su ciega furia emprenden con los objetos inanimados, aporrean las mesas y paredes, se hieren muchas veces gravemente, y aun se arrojan á la misma muerte?

Se ve, pues, que el hombre entregado á la cólera, al paso que se hace temible á todo el mundo, debe temerse á sí propio, y nunca puede prever hasta que punto le llevarán sus furias. Si aun estando solo es capaz de dañarse á sí mismo, ¿ que podrá suceder hallándose en compañía de otros? Jamas el colérico está seguro de volver á su casa, porque siendo incapaz de sufrir nada, puede á cada paso encontrarse con hombres tan coléricos y temibles como él, que le castigarán quizá de su humor insociable. La *cólera*, dice un sabio del Oriente, *comienza por la locura y acaba con el pesar*.

Aristóteles era de opinion que la cólera podia algunas veces servir de arma á la virtud; mas

nosotros diremos con Séneca y Montaigne que en todo caso « esta es una arma de nuevo uso; » porque nosotros, dice aquel, manejamos las demas armas, y esta nos maneja á nosotros; » nuestra mano no la guía, sino que es ella quien guía nuestra mano, siendo difícil entonces contenerla (1).

Aunque la cólera sea una pasion peligrosa, hay sin embargo una que debemos aprobar. Esta es aquella cólera social que deben necesariamente suscitar en todas las almas justas el crimen, la injusticia y la tiranía, con las cuales no le es permitido á ninguno mostrarse indiferente, debiendo irritar á todo buen ciudadano, ó producir en su corazon una indignacion permanente. Esta cólera legitima, llamada por Ciceron *odio civil*, es una pasion que anima á todos aquellos que se interesan fuertemente en la felicidad del género humano. Todo hombre que no se turba ni altera al ver las injusticias y opresiones que se hacen á sus semejantes, es un débil y mal ciudadano. En este sentido dicen los Arabes que *por su cólera es reconocido el sabio* (1).

La cólera oculta, alimentada en el fondo del corazon, y por largo tiempo reprimida, no es menos cruel en sus efectos; ella es la que produce la *venganza*. Esta temible pasion, fomentada del pensamiento, atizada de la imaginacion,

(1) *Essais*. Lib. II. Cap. 31. al fin.

(2) *Sentent. Arab. in Erpenii Grammat.*

y fortificada de la reflexion, se hace mas peligrosa todavía que la cólera mas exaltada, la cual pronto se desvanece. La violencia repentina y manifiesta merece mas indulgencia, siendo menos temible que el furor oculto de uellosaq hombres tan dueños de sí mismos que disimulan sus sentimientos hasta el momento que les presenta la ocasion de vengarse á su placer. Por lo regular se puede contar con la honrad de corazon y con la generosidad del que es fácil de irritarse, porque cuando mas vivas son las llamaradas de su cólera, son menos duraderas; en vez de que jamas es segura ni sincera la reconciliacion de un hombre que disimula y que sabe ocultar y reprimir por largo tiempo en su corazon la cólera nacida de una ofensa. La pasion de la cólera es tanto mas incómoda cuanto es mas difícil ocultarla: así que el vengativo es verdugo de sí propio, mientras acecha y espia las ocasiones de ser cruel con los otros.

La venganza tiene siempre por móvil al orgullo ó la vanidad. Vengarse es castigar al que ha excitado nuestra cólera; es hallar un placer en darle á conocer que uno puede hacerle desgraciado. La venganza es comunmente cruel, porque el pensamiento y la imaginacion exageran el ultrage que hemos recibido. El vengativo cree que su venganza es incompleta, si aquel de quien se venga ignora de que mano le vienen los golpes que recibe. He aqui sin

duda porque Calígula recibia un gran placer en mandar venir á su presencia las víctimas que destinaba á perecer en los tormentos; y he aqui tambien porque decia á sus satélites *que las hiriesen de modo que sintieran los horrores de la muerte* (1).

Como los hombres son siempre jueces sospechosos y recusables en su propia causa, las leyes de todos los países civilizados se han reservado el derecho de vengar á los ciudadanos, quitándoles la facultad de castigar las ofensas que reciban. En esta parte las leyes son conformes al interes de la sociedad y de los individuos; son justas, porque impiden á los hombres ser injustos y crueles; y son sociables, pues que de este modo dan á conocer que los hombres espuestos de continuo á irritarse reciprocamente, deben reflexionar sobre las consecuencias de sus acciones, y olvidar las ofensas que no suelen ser las mas veces sino pequeneces y efectos de la humana debilidad. La naturaleza, la justicia, la humanidad, la grandeza de alma, y la filosofia proscriben á una

(1) Italia nos ofrece el ejemplo de una venganza la mas atroz y estraña que ha podido contarse. Una muger de mala vida, irritada de la infidelidad de su amante, disimuló el deseo de vengarse por espacio de dos años que duró su nueva pasion: al cabo de este tiempo volvió este hombre á los amores de su primera dama, la cual le recibió con ardor, y ninguna reconvenccion le hizo; mas le clavó un puñal en el corazon inmediatamente despues de haberle dejado cometer un pecado con ella, por el cual, segun su sentir, se condenaria el desdichado.

la venganza, y hacen obligatorio el perdon de las injurias (1).

Hubo quien decia que la venganza era *el manjar de los Dioses*, es decir, un placer tan grande, que ellos le envidiaban á los mortales. Mas ;que dioses podian ser estos, sino aquellos entes vengativos de la mitología, que sensibles á los desprecios de los hombres, solo diferian sus castigos para ejecutar despues en ellos una venganza mas ruidosa y horrible! Estos dioses coléricos, implacables, disimulados en sus venganzas, é insociables, no pueden servir de modelos á los hombres que viven en sociedad: todo nos convence de que la vanidad es una verdadera pequeñez, que la indulgencia y la humanidad son virtudes amables y necesarias, y que la verdadera fortaleza supone la paciencia. ¿No es hacerse uno á sí mismo desgraciado, llevar siempre consigo el odio y la rabia en el seno de su corazon? La venganza solo sirve para eternizar las enemistades en el mundo;

(1) La Filosofía habia enseñado desde el principio á los hombres la doctrina del perdon de las injurias. Plutarco nos dice que los Pitagóricos se consideraban obligados á darse la mano, en señal de reconciliacion antes de ponerse el sol, cuando se habian ofendido los unos á los otros. *Aquel*, dice Menandro, *es el mas virtuoso entre los mortales, que sabe mejor soportar las injurias con paciencia.* Juvenal ha dicho despues, que la venganza es solo un placer de las pequeñas almas.

.....minuti

*Semper et infirmi est animi, exiguique voluptas,*  
Ultio..... JUVEN. Sat. XIII. Verso 189.

el placer futil que nos causa va siempre seguido de eternos arrepentimientos; ella es ocasion de que la sociedad nos tenga por hombres peligrosos: aquel, dice Filemon, *que perdona una injuria, obliga á su enemigo á injuriarse á si propio.* Todo, pues, nos persuade que el hombre que sabe perdonar, es á los ojos de los demas hombres mucho mas apreciable, mas fuerte, y mas grande que no el insensato que le ha ultrajado, ó que el débil que nada puede sufrir. « Un débil, dice un moderno, puede » combatir; un débil puede vencer; mas un » débil no puede jamas perdonar (1) ».

La generosidad que hace perdonar las injurias, es un afecto desconocido de las pequeñas almas, de las gentes del pueblo, de los hombres comunes. Los salvages, segun las relaciones de los viajeros, son implacables en sus venganzas, las cuales se perpetuan entre ellos de unas razas en otras, hasta la destruccion entera de sus diversas tribus. El espíritu de venganza, que subsiste todavia en muchos pueblos que se precian de civilizados, y la idea que se tiene de que un hombre de valor no debe nunca sufrir una afrenta, son reliquias aun de la barbarie que introdujeron en la Europa las naciones feroces y guerreras, que en lo antiguo sojuzgaron el vasto imperio de los Romanos.

(1) *Addison, Mentor moderno, n. 20.*

Mas ni hombres de esta naturaleza, ni unos soldados bárbaros y feroces son modelos que han de imitar hombres mas sabios, esto es, mas instruidos en los intereses de la sociedad, y en lo que constituye el valor, la grandeza de alma, y la verdadera gloria. El hombre inculto y salvaje está muy lejos de reflexionar; sigue ciegamente los impulsos momentáneos de su furor; mas el hombre civilizado es verdaderamente sociable, y se acostumbra á reprimir las pasiones, cuyas peligrosas consecuencias ha llegado á conocer. Por la esperiencia se distingue el hombre de razon, del niño, del salvaje y del imprudente (1).

Hay ademas otra cualidad ó disposicion, la cual, aunque no produce los efectos impetuosos de la cólera, ó las crueldades lentas y reflexivas de la venganza, no por esto deja de hacer á muchas personas incómodas y molestas en la sociedad. Hablo, pues, del *mal humor*, el cual es una disposicion habitual á irritarse. El *mal humor* nace por lo comun de un temperamento viciado, é influye de un modo muy enfadoso en el caracter, á menos que este

(1) En todos los paises donde la justicia no se administra con fidelidad, se ven reinar comunmente las mas crueles venganzas. Cuando la ley no venga al hombre, él se venga á sí mismo, haciéndolo las mas veces sin regla ni medida. He aqui la causa, ciertamente, de los frecuentes asesinatos que se cometen en los paises despoticos, en los cuales la justicia es siempre muy mal administrada. Nada precipita mas á los hombres á la desesperacion que la falta de justicia.

vicio de la organizacion no haya sido cuidadosamente reprimido ó rectificado en la educacion con el hábito, con el trato del mundo, ó con la reflexion. Hay personas de tal suerte dominadas por el humor, ó cuya bilis tan fácilmente se exalta, que las mas pequeñas cosas irritan sus ánimos; nunca gozan de la menor serenidad; y podría decirse que se alimentan con hiel y vinagre, y que, acostumbradas al lúgubre placer de atormentarse á sí mismas, no pueden sufrir la paz y el contento de los otros. Todo hombre en quien la cólera es habitual, es tan desgraciado como insociable. Es muy difícil que aquel que vive descontento con todo el mundo, sea capaz de conciliarse la amistad de ninguno.

Por no hacerse unas reflexiones tan naturales, muchos atrabiliarios se constituyen los verdugos de sus familias y de la sociedad. ¿Cuántos esposos hay que, sin motivos algunos para ello, viven como verdaderos enemigos, sin poder mirarse con tranquilidad, ó hablarse sin enfado? ¿Cuántos padres melancólicos que no pueden, sin irritarse, mirar los mas inocentes juegos de sus hijos? ¿Cuántos amos, que se tendrian por de menos valer si no tratasen con aspereza á sus tímidos criados? Hay hombres que solo parece tienen amigos, para hacerles sufrir á todo momento los efectos de su maldito humor. En fin, hay gentes tan llenas de bilis que no se presentan en el mundo sino es para derramarla

en todas partes. Todo disgusta é indigna á estos misántropos , á cuyos ojos la naturaleza entera les parece fea y desfigurada.

Las personas dominadas de un humor negro ; ignoran acaso que en todas las posiciones de la vida el hombre debe amar para ser amado ? ¿ Hay un estado mas cruel que el de una muger que se ve condenada por toda su vida á sufrir las extravagancias de un marido , á quien sus caricias no pueden suavizar su inveterado mal humor ? Unos hijos oprimidos y acobardados con el rostro serio y austero de un padre ; podrán tener verdadero amor á este tirano , cuya agradable sonrisa no vieron jamas ? Un amo ragañon , y á quien todo le disgusta ; podrá nunca estar servido con zelo y amor de unos criados continuamente intimidados ? ¿ De que amigos puede ser digno un hombre insoportable y brutal , cuyo trato los aflige y los humilla ? ¿ No es una ridícula presuncion creer que todo el mundo , y aun hasta aquellos mismos que no dependen de él en manera alguna , viven destinados para sufrir el mal humor de un hombre que nada quiere soportar ?

Un necio orgullo , junto con una bilis exaltada , constituye regularmente el caracter de esos hombres feroces y melancólicos , que con tanta frecuencia emponzoñan el trato de la vida. En vano suelen decir que *no pueden remediarlo* , y que su mal humor es efecto de su temperamento. Trabajando en nuestra enmienda de

continuo , observándonos cuidadosamente , combatiendo con los defectos de nuestra organizacion , podemos muy bien corregirlos y ser verdaderamente sociables : la conciencia de nuestros propios defectos debiera inspirarnos indulgencia para con los ajenos ; mucho mas cuando , por otra parte , el mal humor nos los exagera frecuentemente , y aun algunas veces los defectos y culpas de los otros solo existen en nuestra enferma fantasía. En el acceso de su mal , sepárese el hombre bilioso , si lo cree necesario , de la sociedad que le molesta , y que le aflige ; en los intervalos mas tranquilos pregúntese á sí propio por la razon de su mal humor , y hallará que las mas veces su tristeza y melancolía no tienen fundamento alguno , y que hace muy mal en irritarse contra los demas y en atormentarse á sí mismo.

La indulgencia , la paciencia , la dulzura , el deseo de agradar , son los únicos vínculos que pueden conservar unidos entre sí á unas criaturas imperfectas. La cólera y el mal humor , lejos de remediar cosa alguna , solo sirven de perturbar y disolver la sociedad.

La misantropía , ó la aversion á los hombres , es un mal humor habitual y continuo , que nos hace aborrecer á los mismos con quienes debemos vivir en sociedad. Esta disposicion , verdaderamente inhumana y salvaje , proviene de muchas causas á que todo hombre racional debe resistir con el mayor cuidado ; y en especialidad

de un orgullo sumamente irascible, que nos ciega para no ver nuestros defectos, que aumenta los ajenos aun mas de lo que son, y que nos hace juzgarlos con demasiado rigor. El misántropo no conoce ni la indulgencia ni la piedad. La envidia y los zelos, pasiones siempre malcontentas, tienen comunmente mucha parte en el mal humor contra el género humano. La bilis se exalta en extremo á vista de la prosperidad de los que el envidioso considera por menos beneméritos que él. La envidia es la filosofía de muchos cortesanos, cuyos malos sucesos los hacen por lo comun mordaces, satíricos y misántropos.

Sin embargo puede muy bien suceder que el alegarse de la compañía de los hombres proceda alguna vez de un origen menos impuro. Un hombre justo y sensible puede llegar á indignarse de haber sido por largo tiempo espectador ó juguete, bien sea de la perversidad, bien sea de la locura de sus semejantes, y desde entonces concebir una grande aversion ó desprecio contra ellos. Aunque esta misantropía, fundada sobre una esperiencia incómoda y fatal, parezca menos reprehensible que la que nace de la envidia, no obstante se descubre siempre en ella un defecto de justicia, porque envuelve á todos los hombres en la misma condenacion y odio.

La verdadera sabiduría, siempre libre de preocupaciones, no puede aprobar el aborre-

cimiento de los hombres en un ente criado para vivir con ellos: ella aconseja, si, la prudencia en evitar la compañía de los insensatos y de los malvados; condena un humor sombrío que no se aviene con ninguno; y da por malo y reprehensible un aborrecimiento obstinado, que nos condena á no ser útiles á los demas hombres, ó que destruye la benevolencia universal. El misántropo es las mas veces un malvado, el cual, no sabiendo hacerse amar de ninguno, toma el partido de aborrecer á todo el mundo.

La moral debe trabajar en hacer al hombre sociable, mostrándole que sus intereses van siempre unidos estrechamente con los de sus semejantes: la razon, guiada por la esperiencia, le hará ver que su destino es existir en medio de un mundo, donde necesariamente ha de estar molestado, ya por los malos y perversos, ya tambien por los necios é imprudentes, cuyo número es infinito; el hombre, pues, se armará de paciencia, de valor y de indulgencia, á fin de terminar con tranquilidad su carrera; y en fuerza de estas consideraciones procurará enfrenar su indignacion y su cólera, las cuales le inquietarian, le atormentarian, y le harian vivir siempre descontento con su suerte, y en un estado perpetuo de guerra con los que le rodean.

El mal humor, la insociabilidad, la misantropía, son vicios reales y verdaderos. Los moralistas, que reputan estas cualidades por per-



fecciones y virtudes, y que persuaden al hombre que hay un mérito real y verdadero en separarse de sus semejantes, en vivir solitario y sin ser de provecho alguno para la sociedad, ignoran clara y visiblemente que la virtud debe ser siempre útil y benéfica.

---

#### CAPITULO IV.

##### *De la Avaricia y de la Prodigalidad.*

**P**OR pequeña que sea la idea que uno se haya formado de los intereses de la sociedad, y de lo apreciables que son la humanidad, la beneficencia, la compasión y la liberalidad, reconocerá que la avaricia es una cualidad inhumana y despreciable, pues que es incompatible con todas estas virtudes. Esta pasión consiste en una sed inestinguible de las riquezas solo por sí mismas, sin hacer nunca uso de ellas ni para su propio bienestar ni para el de los demás. Las riquezas, en las manos del hombre sensato, no son la felicidad, pero sí los medios de obtenerla, porque le facilitan el que un gran número de hombres concurren á su propia felicidad. El avaro es un hombre solitario, reconcentrado en sí mismo, y cuyo corazón está siempre cerrado para sus semejantes. Acostumbrado á privarse de todo; que atención pueden merecerse las necesidades de los otros, ni como alargarles una mano benéfica?

El avaro solamente vive con su oro; este ídolo inanimado es el objeto único de sus adoraciones y de sus cuidados; le adora en secreto, y le sacrifica perpetuamente todas sus demás pasiones, así como todas las virtudes sociales; nada concede á sus deseos, y se aplaude de las privaciones que tolera, las cuales son para él continuos goces y placeres, puesto que le conducen al fin que se propone, que es el atesorar.

Los moralistas han condenado con mucha razón la avaricia; los poetas han disparado á manos llenas los dardos de la sátira contra ella; mas sin embargo no han examinado con prolijidad las causas ocultas y poderosas que inspiran y alimentan en algunos hombres esta pasión insociable, que los ata y enlaza con vínculos indisolubles. Se nos pinta al avaro como á un hombre infeliz, porque se priva de los placeres que los demás deseamos; mas el avaro es poco sensible á estos placeres; él se crea un placer distinto, superior en su imaginación á todos, y que le ofrece todos los placeres reunidos. ¿Porque contempla sola y únicamente su tesoro? Porque su tesoro retrata en su fantasía todos los bienes y placeres del mundo; este tesoro le representa la facultad de adquirir honores, palacios, terrenos, haciendas, alhajas preciosas, y deleites carnales, caso que sienta los estímulos de la sensualidad. En una palabra, en su cofre el avaro lo ve todo, es decir, ve la facilidad de tener, si él quisiera,

todo lo que es objeto de los deseos de los otros; esta posibilidad le basta, y no apetece mas; si empleara su dinero en la adquisicion de algun objeto particular, su ilusion cesaria, y no quedándole sino la cosa adquirida, ó la memoria de algun placer acabado, no veria ya en su imaginacion la facultad de tener todo lo que se puede adquirir con el dinero.

El avaro se priva de todo, es verdad; mas cada privacion es un placer para él: quizá en esto hará algunas veces sacrificios costosos; mas en toda pasion dominante tambien se sacrifican todas las demas al objeto que esta prefiere... El avaro sabe muy bien que es despreciado y aborrecido (1); mas á la vista de su cofre se aprecia á sí mismo y considera en él su poderío, su amigo el mas seguro, y en quien se encierra lo que le puede proporcionar las ventajas que no podría esperar del resto de la sociedad. El avaro desconoce la compasion, porque no tiene necesidades, ó á lo menos porque puede satisfacerlas; tampoco ama á nadie, porque su dinero absorbe todos sus afectos, rehusa lo necesario á su muger, á sus hijos y á sus criados, porque lo necesario le parece superfluo: en suma, vive atormentado de mil inquietudes; ¿mas toda pasion no está sujeta al temor é inquietud de perder el objeto que prefiere su amor? El avaro

(1) ..... *Populus me sibilat: at mihi plaudo  
Ipsæ domi, simul ac nummos contemplor in arca.*

HORAT. Sat. I. lib. I. vers. 66.

no es mas feliz, ni mas desgraciado que el ambicioso, que se aflige y que teme perder su poder; que el amante, que sospecha de la fidelidad de su amada; ó que el deseoso de gloria, que teme igualmente el que esta se le escape. No hay, pues, pasion alguna fuerte y dominante que no cause inquietud, y no excite por ciertos momentos vergüenza y remordimientos; mas estas ideas de pesar se ven muy pronto disipadas con las ilusiones que presenta á la imaginacion el objeto de que el hombre se halla fuertemente inflamado.

Así el avaro es ciertamente infeliz tanto por los tormentos de su misma pasion, como por la idea de los efectos que ella produce en los demas: no solo él priva á los otros hombres de todo, sino que el avaro es capaz de las acciones mas bajas para saciar la sed que incesantemente le abrasa; en fin, en los excesos de su locura, es capaz de ahorcarse, si ha perdido su oro, porque esta pérdida le priva del objeto que le daba la vida.

La avaricia, como otras muchas, es una pasion exclusiva que separa al hombre de la sociedad. Seria un error el creer que el hombre es avaro por el bien de los otros. Un padre de familia prudente y justo es económico, sin ser avaro; por tanto resiste á sus gustos y caprichos, se priva de las cosas inútiles, y aminora sus gastos, para consolidar la suerte de sus hijos; mas el avaro es *personal*;

no es por el bien y cariño de los demas por lo que se carga de una pasion insoportable para los que no se hallan enteramente infestados de ella. Todos los dias vemos hombres que sin tener herederos , sin amar á sus parientes , sin intencion de hacer nunca el menor bien á nadie , no gozan de su inmensa fortuna , sino que viven en una verdadera indigencia ; y hasta los bordes del sepulcro no cesan de acumular tesoros , de los que ellos no usan ni usarán jamas (1). Los verdaderos avaros aman el dinero por sí y para sí solos ; le miran como á un bien real , y no como la representacion de la felicidad , ó como un medio de obtenerla. El hombre sociable y racional mira el dinero únicamente como el medio de lograr los placeres honestos , y el hombre virtuoso no conoce otro placer mayor ni mas verdadero que el de hacer felices : es benéfico y liberal , porque sabe que en el ejercicio de la beneficencia consisten las ventajas que tienen las riquezas en comparacion de la pobreza ó de la medianía.

El hijo del avaro es por lo comun pródigo ; porque la avaricia del padre le ha mortificado mucho , y por lo tanto se precipita al extremo opuesto : ademas este mismo padre , negando todo á su hijo , no le ha dejado aprender el buen uso que se puede hacer de sus riquezas.

(1) *Non propter vitam faciunt patrimonia quidam ,  
Sed vitio cæci propter patrimonia vivunt.*

JUVENAL , Sat. XII. Vers. 50. 51.

El pródigo discurre merecer estimacion y aprecio , adoptando un vicio contrario al de su padre.

La prodigalidad es el vicio opuesto á la avaricia. Esta pasion , fundada en la vanidad , consiste en derramar sin medida ni discrecion los bienes de fortuna , ó en hacer de sus riquezas un uso poco útil , tanto para sí como para la sociedad. El pródigo no es un hombre benéfico , sino un insensato que no conoce el verdadero uso del dinero , que nada rehusa á sus mas desarreglados deseos , que quiere hacerse célebre y famoso con sus gastos inútiles , ó con una especie de menosprecio afectado de las riquezas , cuyo buen empleo constituye todo su valor (1). César daba al pueblo Romano fiestas que le costaban millones de sestercios ; mas estas prodigalidades , efecto de su ambicion , no tenian otro fin que el de corromper mas y mas á un pueblo ya vicioso y pervertido. Las prodigalidades de Marco Antonio y de Cleopatra , que hacian desleir perlas de un inmenso precio para beberlas en un convite , eran verdaderas locuras nacidas de la embriaguez de la opulencia.

La prodigalidad en los príncipes , que por lo comun se condecora con el nombre de beneficencia , es una debilidad delincuente : los pueblos están destinados á gemir oprimidos , para

(1) *Nescit quo valeat nummus , quem præbeat usum ?*  
HORAT. Sat. I. lib. I. vers. 73.

que puedan sus monarcas satisfacer esta pasion; Un soberano pródigo se ve muy pronto obligado á ser un tirano; y es cruel con su pueblo, porque quiere contentar á los cortesanos que le rodean, y que tiene delante de sí, mientras que ni ve á sus vasallos, ni se cuida de que sean dichosos ó no: sus cautelosos ministros cierran todas las sendas por donde pudieran llegar á sus oidos las quejas y clamores del reino.

¿Será por ventura beneficencia robar á la sociedad toda entera, para enriquecer á los mas inútiles ó á los mas dañosos de sus miembros? Las prodigalidades de Neron y de Heliogábalo eran otros tantos ultrages hechos á la miseria pública.

El pródigo se perjudica á sí mismo; una vez arruinada su fortuna, ningunos recursos le quedan en sus amigos; inconsiderado en la eleccion de estos, no ha derramado por lo comun sus larguezas sino entre aduladores, gorristas, hombres sin costumbres ni honor, é ingratos que están muy creidos de haberle pagado suficientemente con sus débiles complacencias y bajas adulaciones. Solo el hombre sabio y prudente es el que sabe usar de la fortuna; mas el hombre vicioso; vano y frívolo no sabe mas que abusar de ella.

El avaro y el pródigo convienen en una cosa, y es que ni el uno ni el otro saben el uso de

las

las riquezas que ambos desean igualmente. El uno las codicia para acumularlas, el otro para disiparlas: ambos, si tienen la ocasion, usurpan lo ageno, siendo injustos y criminales: los dos se ven aborrecidos y detestados, porque el avaro no hace bien á nadie, y el pródigo solamente á los ingratos. El avaro roba para enriquecerse; mas el pródigo roba y defrauda á sus acreedores, se arruina á sí mismo, y solo enriquece á bribones y hombres despreciables, que son los que saben muy bien aprovecharse de sus ocas estravagancias.

## CAPITULO V.

*De la Ingratitud.*

» **N**ADA, ha dicho un antiguo, se estingue  
» mas pronto que un beneficio (1) ». No hay vicio mas detestable, ni mas comun que la ingratitude. Platon le considera como que en sí comprende todos los demas. La ingratitude, pues, consiste en el olvido de los beneficios recibidos, y á veces llega al extremo de aborrecer al bienhechor. Nada es mas odioso, mas injusto, ni mas insociable que esta cualidad criminal: ella hace al que la tiene enemigo de

(1) Un Español tambien ha dicho: « Al que le dais, lo escribe en le arena y al que le quitais, lo esculpe en el bronce ».

Tomo I.

M  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

México 1625 MONTERREY, MEXICO